



Renée Ferrer de Arréllaga

Por el ojo de la cerradura

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Renée Ferrer de Arréllaga

Por el ojo de la cerradura

Para los míos,
en esta encrucijada.

El pozo

Distraídamente se abrochó el cinturón. Pronto despegarían y el congreso quedaría atrás - simple mota de claridad empalidecida no bien reingresara a su avasallada biografía. ¡Qué difícil volver a insertarse en los hábitos! (esos moldes codiciosos de ajustar tu imagen a la imagen convencional que te acuñó el desaliento); reencontrar el desdoblado rostro de uno mismo, los sueños archivados, y saber que seguirás siendo un desteñido trajín de la mañana a la noche, de la oficina a la almohada, con la palabra no dicha, que consiente y avala, pendiente del borde de los labios. Luego de la expansión, comprimirse. Entrar en el redil oliendo la sumisión de la manada, y aunque no perteneces hay algo que te arrastra, que aplasta y te nivela. Aquellos quince días penetraron en él como una cuña gratificante y dolorosa. Sentir esa punta de libertad cantando adentro, y ahora volver. Huella sobre huella calcar la vida con el miedo caminándote a pasos cortos en la médula, y ese lastre que te inmoviliza la lengua, porque el temor le ha echado llave, y piensas en tu esposa, los hijos, la tranquilidad de un libro entre las manos, y ya no te animas como antes, como cuando salías a pintar paredes gritando consignas en las esquinas. ¡Si hasta sucede que te pueden cerrar la editorial! La voz monocorde de la azafata seguía repitiendo en varios idiomas las instrucciones de seguridad, mientras se tapaba la cara con la máscara de oxígeno. Reclinando la cabeza con desgano, la olvidó.

Como un espejo quebrado, cuyos pedazos se buscan sin poder ocultar ya la grieta, recompuso el diagrama de sus días: las idas a la imprenta, la búsqueda de anuncios, de artículos, de suscriptores, para esa revista que sacaba a pleno pulmón -aunque tuviera que regalar la mayor parte de los ejemplares-, las charlas con los amigos bajo los árboles añosos, la evocación ritual de los ausentes, que arrastran la sombra del exilio.

Una agradable duermevela le cierra los párpados. De pronto, lo aturden los aplausos, el ajetreo de la gente a su alrededor, frases, réplicas. En la sala de conferencias escuchó con satisfacción su propia voz dominando el silencio. Expectativa en los ojos, cabezas balanceando su aprobación, actitudes extáticas de oído atento; ese temor anterior a la palabra cuando todos esperan la siguiente y, al poco rato, la seguridad que se reinstala, porque sabes que vas bien, y hasta puedes detenerte con regodeo en los conceptos, ya que nada se te olvidará y el auditorio está atrapado.

Una ansiedad de topo se le instaló en la nariz, se intensificó en sus sienes, bajando lentamente por el canal de la espina dorsal para dejarle un sudor tiritando en todo el cuerpo. ¿Se iba cayendo al vacío, o el vacío estaba en él? No lo sabía. ¿Quién dijo que el vacío es un boquete por donde se arrojan sin pensar los pensamientos? Dentro de un pozo gris como una fotografía velada, una sensación de encierro le unta la boca con su amenaza pegajosa y progresiva. ¿Y ese agobio que lo abrumba sin llegar a comprender por qué?

El congreso había sido un éxito, los contactos excelentes, su intervención, de antología. ¿Entonces? ¿Sería la tristeza de algo que se termina? El contraste anonadante de aquel mundo y el suyo que, de pronto y sin remedio, se le antojaban irreconciliables. ¡Lo que es la tecnología! Bibliotecas enteras en la memoria de las computadoras -alimentadas adecuadamente, te dan siempre la respuesta correcta. Se puede viajar con toda la cultura en el bolsillo, toda la cultura de la humanidad a cuestas, sin que te pese para nada, ni pagues exceso de equipaje. Allí donde estés: en el baño, en el metro, un cine, un boulevard, basta apretar un botón y, zas, aparece una pantalla luminosa con las páginas de la obra requerida, cambiando a intervalos regulares, según la velocidad normal de lectura. ¡Si es para morir de risa! No somos más que una anotación al margen. (¿Al margen de qué?). Del adelanto industrial, de la sofisticación electrónica, qué sé yo. Rayos láser saltan de un lado a otro, las máquinas corrigen pruebas de imprenta en menos de una hora, cambian palabras repetidas por un sinónimo cualquiera (vaya con el estilo del escritor). Y uno que se cree diferente porque reencontró una metáfora, y te mencionan de vez en cuando en los periódicos. Mil, quinientas personas te conocen, y te crees famoso. ¿Cuántos habitantes tiene el mundo? Y te crees famoso. ¡Qué gran trampa!

Quiere borrar de un manotazo las coordenadas entre las que se mueve: la escasez de recursos, los altos costos, la minúscula y risible posibilidad del mercado, las cargas impositivas sobre la cultura, el aislamiento. Dormir, soñar, tal vez... Sí, soñar con ediciones de diez mil, cien mil ejemplares, porque hay lectores suficientes y se puede publicar cualquier cosa sin orejeras ni sobresaltos, confiscaciones o allanamientos. La diferencia es abismal, y si además de la brecha tecnológica existe el estigma del cerrojo, entonces...

¿Pero dónde, dónde está? Un chapoteo, lejos, le deja los huesos como si fueran de lana. Plas, plas, y el silencio, plas, plas, y esa aspiración que se dilata como para tragarse un mundo; algo que sumergen y levantan, sumergen y levantan, sumer... y aquella voz que zozobra, y siempre reaparece en la memoria. Los muros se ven sombríos como coágulos de sangre.

Todo se le mezcla y se confunde, nada es real. O es una realidad de cámara subterránea donde unas piernas bien plantadas se le acercan y se quedan ahí, amenazantes, a la altura de sus ojos, contemplando su caída, con el poder en las manos. ¿Por qué acariciarán las cachiporras con esa solícita ternura? Todo sucede ahora, antes, después, ¿cuándo? Los movimientos del avión lo bambolean, se despierta y cae nuevamente. ¿Dónde vio ese brocal que se prolonga hacia la noche? ¿Ese agujero cilíndrico por donde va desplomándose?

La azafata lo despabila con el aroma del café recién hecho flotando sobre la sonrisa. Estirando las piernas con satisfacción sorbe, lentamente. La Guía del Ocio lo hace sonreír.

Páginas y páginas de espectáculos superpuestos: funciones de teatro, conciertos, ballet, cine y los infaltables reestrenos. (Las comparaciones son inevitables). Títeres para chicos y marionetas cantoras y, allí nomás a dos páginas de tanta inocencia: Señorita se ofrece para acompañar viajero solo. Inteligente. Discreta. Pablo's Chicos y un mulatito (el toque exótico). Anna, disciplina inglesa (con un látigo rubricando el nombre). Muy discreta. VISA. (Es como decir goce ahora y pague después). Los laberintos del placer en cualquier latitud son parecidos. En la Gran Vía, un viejo -traje raído y corbata- se acerca a limpiar el parabrisas del auto en un semáforo, la queja pronta en los labios: no he comido, señor, hoy no he comido. Un desplante rabioso lo justifica. Hasta los mendigos tienen cierto garbo. Sacando los detalles, la miseria duele en todas partes. Le pagaron una conferencia tanto como gana un obrero en veinte meses. ¿Cuánto gana un obrero en su país? ¿Cómo se vive con ese sueldo en cualquier lado? Para qué hacer cálculos: si las economías son distintas, el valor del dinero es otro. Eso es todo. Dos mundos diferentes en este mismo mundo. Estamos a diez años luz, a diez mil años luz. No somos nada. Es como cuando uno está en los velorios y la gente se mira diciendo: no somos nada, con esa expresión resignada y convencional de la impotencia. Nuestra existencia no cuenta. Nos caímos del mapa. Se nos identifica con la dictadura militar, el estado de sitio -inquilinos de un silencio cuyos barrotes la mayoría ni siquiera percibe. Un desprecio atroz nos masifica dentro de una misma bolsa. A menos que te pronuncies, o alguien te introduzca en su círculo, o seas famoso. ¿Cómo se hacen famosos los que viven fuera del mapa? Hay que ser un genio (o un déspota), y no es el caso.

Te caes, te pierdes, te disuelves en ese cilindro ciego. Las sesiones se prolongan en un debate que se precipita, apasionado. Se discute sin retaceos a pecho descubierto: la situación de la prensa, la censura, la represión, la falta de libertad de las obras publicadas, la autocensura. ¿Cuántos metros camina una palabra libertada? ¿Por qué se clausuran los periódicos? ¿Y las interferencias a las radioemisoras zumbando como moscardones sobrepuestos a la voz? Alguien salió a decir desde el podio que nada de eso era cierto. Que eran intrigas de la oposición. El estigma del silencio te crece en la garganta, te quema, te corroe. No puedes más. Te levantas. Te sacudes el miedo, lo tiras a un lado como un pañuelo sucio. Me permito disentir con usted, señor. En ciertos lugares se vive en estado de guerra, en otros en estado de sitio. Te metes la mordaza en el bolsillo, y van saliendo las verdades. La democracia es eso: el derecho a disentir, sin atropellos ni apaleamientos. Sencillamente se piensa distinto, se habla distinto, se sostiene lo contrario sin temor al poder.

El avión baila en el cielo plumizo. Los pozos de aire aumentan tu caída. Te estás yendo en picada con todo ese peso encima y el estómago se te queda allá arriba pegado al techo, igual que una mariposa desahuciada. Te deleitas, casi con crueldad, en el dolor de una vitalidad que se te escapa. ¿Por qué se empapan siempre de tristeza los retornos? Al término del debate la gente te deja palmaditas de aprobación en la espalda, mientras los amigos se te acercan también; se abrazan a ti sin decir nada, arrastrando, más patéticos que nunca, la sombra del exilio.

Aquella noche, esperando el vino, metidos cada uno en los ojos del otro, sacan de a poquito los recuerdos guardados. Como hilachas de un tiempo que se desfleca, y duele más

que nunca en el forro del cuerpo, los van sacando: las interminables disquisiciones filosóficas en una mesa de bar hasta el canto del alba, los escapes de algún mitin con la policía mordeíndoles los talones, los encarcelamientos, el dolor romo, y aquella voz que se apaga en aguas turbias, ante esas piernas bien plantadas. Y ahora, la fogosidad de una juventud que se apacigua, las noticias de nuevos vejámenes, el grito de protesta que no cesa, y se agranda, por fin, con todos los alientos de la calle. La angustia de la próxima separación carga una lágrima, que ninguno libera, en el límite enrojecido de los párpados. Ya no hablan. La tristeza se ha sentado a la mesa frente a las ostras dispuestas en círculo sobre la montaña de hielo picado y el vino blanco. Hay algo atroz que los apena, algo que interrumpe el flujo que los llevará a andar con pasos dispares por caminos diferentes a la misma hora.

La azafata anuncia nuevamente que se abrochen los cinturones. ¿Primera escala? No. Están llegando. Cuando el tren de aterrizaje toca tierra, se deleita con el carreteo del avión que va aflojando la velocidad, hasta dejarlo en el umbral del reencuentro. Pacientemente espera a que bajen los demás; retarda, no sabe por qué, el momento de mirarla. Ahora sí: es su turno. Toma el maletín de mano alcanzando con soltura la escalerilla, donde la penumbra se desviste de repente para enceguecerlo. Aspiró un pedazo de cielo muy límpido y azul y, con el júbilo del regreso saliéndosele por todos los costados, puso un pie en tierra. Estaba en casa.

Invisibles muros circundan su cuerpo, encogen el aire a su alrededor mutilando su respiración. En esa oscuridad, que no entiende muy bien si lo habita o lo rodea, un espeso jarabe se le pega a la lengua, le recorre las venas, le tranca la nariz, taponándole los oídos hasta nublarle las ranuras del cerebro. Te vas perdiendo, nuevamente, en ese pozo prolongado y estrecho. No eres más que dos manos extendidas hacia arriba. Manos de otros como tú se agitan en el fondo; un mar de manos sacudiendo una llamada hacia el redondel de cielo enmarcado en el brocal de la impotencia. Un deseo lacerante de emerger te sofoca. Es como respirar y que de pronto te saquen el aire; como si te ordenaran apearte de un tren al que te vas acostumbrando, para hundirte de nuevo en ese lugar que quieres entrañablemente, pero te duele, porque no es como tú quieres: el lugar que te fue dado, al que tú perteneces. Y así, con tu corazón latiendo, cálido, trémulo, doliente, te enfundas otra vez esa camisa de puro peso acobardado y te sigues hundiendo. De pronto, miras hacia arriba y ves el ojo negro de una cerradura recortado en el cielo muy límpido y azul. Y luego, bajando la cabeza, escuchas el sonido de una llave que gira, una y otra vez, hasta que alguien la tira al vacío, dejándote adentro.

Sacudido aún por la emoción de la llegada, presentó sus documentos al anodino funcionario de seguridad -mirada fija, lentitud calculada. Y ahí nomás, sin más trámite, lo perfora una voz por la espalda: No puede pasar. Está detenido por orden superior. Camine. Camine.

Desde los empujones que lo arrear, la busca entre el gentío. Sus ojos se emocionan al verla, ceñida levemente por el vestido aquel que tanto le gustaba. Por el temblor de su boca, supo que comprendía. Supo también que no la tendría en mucho tiempo, o quizás, sin saberlo, ya le había dado el último abrazo.

Año 31 de la dictadura.

Usados

Todo comenzó después de leer el cuento El huevo y la gallina de Clarice Lispector. Las opiniones fueron tan diversas como nosotras. La verdad es que nos quedamos pensando qué querría decir ella con todo eso. Para Noelia, la primera en emitir un juicio, revelaba la angustia existencial del hombre. Para otras, el huevo era el símbolo de la vida, de Dios, del alma; alguna aseveró que ese caos de teorías filosóficas reflejaba la desorientación humana, y no faltó quien pensara en una sucesión de disparates. A Noelia, en cambio, le gustó.

Osvaldo salió corriendo al filo de la despedida, algunas nos quedamos conjeturando en el umbral.

-Para mí -decía Noelia-, todo termina con la muerte. La solución es el suicidio. Somos instrumentos de otros. Somos usados.

-¿Pero por quién? -me exalté-. Se supone que si Dios es infinitamente misericordioso no nos va a utilizar.

-Suponiendo que exista y sea infinitamente misericordioso -subrayó Noelia, incisiva.

-No puede usarnos. No sería justo.

-¿Pero por qué no? Somos manejados por Alguien cuyo plan ni siquiera sospechamos. El ayer se esfuma, el mañana no existe, sólo el presente es verdadero, y la fugacidad del instante nos exime del arrepentimiento. Yo asumo esta tremenda inutilidad de vivir.

-¿Pero cómo podés pensar así? ¿No te importan tus hijos, el amor, los otros? Los demás, en cierta forma, somos nosotros, porque en ellos se reflejan y justifican nuestros sentimientos; te ayudan; son la medida de nuestros actos. La relación de pareja te enriquece. No hay sedante más poderoso que el acto sexual.

-¡Pero entonces estás tomando marihuana! El amor no existe. Lo único valioso es el yo. El yo y los propios problemas. No le debo nada a nadie. Nadie me debe nada a mí. Se vive porque sí, y cuando no se puede más, puf, uno se pega un tiro, y ya está.

-¡Qué locura! ¿Entonces pensás que la religión es un fraude?

-Un fraude consolador, para el que acepta ser consolado. El momento: eso es lo único que existe. Después, se acabó.

-No puedo creer que pienses en realidad que la vida no tiene sentido. Somos seres inacabados, creados para un propósito trascendente, y seguiremos naciendo hasta llegar a un estado de luz imperecedero.

-¡Qué lindo cuento! Somos el capricho de un dios inventado. Nos están usando.

-El hombre es una evolución permanente, Noelia.

-Y te quedás muy tranquila esperando enmendar tu única realidad en nombre de oportunidades hipotéticas. ¿No te das cuenta de que todo termina?

-Cuando te mueras y te encuentres sin cuerpo, pero con la misma identidad, lista para empezar de nuevo, me vas a dar la razón.

-Tener que reincidir sería espantoso.

-Estás dentro de un engranaje evolutivo. No hay escape.

-Entonces sí que me pego un tiro ahora mismo.

-Noelia. Están los otros.

-Si todo termina con la muerte, sería nada más adelantar las cosas. Tengo el derecho a decidir mi propio final. Y ellos se verán con su angustia particular e intransferible, insertos en el contrasentido de la vida.

-Eso es de un egoísmo atroz.

-Conceptos, sólo conceptos. Es mi vida. Yo decido cuándo termina.

Salí de allí con la compasión del que se cree superior, gratificada por la certeza de otra posibilidad para todos. Pobre Noelia. Debía ser terrible debatirse dentro de semejante convencimiento.

Hacía frío y el asfalto brillaba, acerado, bajo la llovizna. Pensar de esa manera: ¡qué absurdo! Con lo fácil que es creer. La muerte es sólo un pórtico. La vida, los diferentes peldaños de una escalera. Pero no una, sino varias; para rectificar las conductas, los actos no vividos, los defectos. Porque, sino ¿cómo justificar las diferencias, la felicidad de algunos y la desdicha de otros, dentro del plan de un dios magnánimo? Solamente renacer le confiere congruencia a esta madeja de contradicciones que nos asfixia.

Aquella noche, junto al cuerpo caliente de Miguel, bajo el efecto muelle del orgasmo y las cobijas, recordé la voz de Noelia: estás tomando marihuana. Si el amor no existe, la vida no tiene sentido. Nos están usando. ¿Pero quiénes? Ellos, los otros, nos usan. Si no existe el amor, habría que inventarlo.

Entre nosotras, sólo Noelia tiene la valentía de no creer en nada o, mejor, de creer en la nada. Empuñó su pensamiento sin las muletas de la religión-, del amor, de los hermosos propósitos. Con razón le cuesta vivir. No se da cuenta de que alguna vez desterraremos el egoísmo y el rencor; seremos libres.

Era domingo y tenía pendiente una ida al supermercado. Siempre compro en el mismo, porque conozco de memoria el lugar de las cosas. Por eso fui; no porque fuera el aniversario y convidaran con masitas. Lo mismo hubiese ido, como voy cada semana sin importarme los días de oferta. No hay tiempo para comprar las verduras, los miércoles; la carne, los viernes, y los lunes todo lo demás, porque está al costo; cuando es lógico que suban los precios de otros artículos compensando las pérdidas de la promoción. Bueno, sin más demora, entré.

La música de un órgano llenaba el ambiente abigarrado de señoras hacendosas, hormigueando entre los productos que ofrecían su repetida identidad. Vasos, cuchillos, tenedores, sábanas, sartenes. Más allá, las verduras clasificadas; galletitas al costado, escarbadientes, tortas; en el fondo, la carne. Como era un día especial, habían instalado un kiosco de quesos, y desde el entresuelo que daba al salón, las cortinas tirolesas del bar intentaban rescatar de ese maremágnum algún cliente que tuviera tiempo de tomarse un café. ¡Con las cosas que nos esperan en la casa!

La gente se roza sin mirarse; los carritos pelean unos con otros. Nadie habla. Y esa fue la primera vez que lo noté: cuando se compra en los supermercados, por lo general, enmudecemos. No pude menos que pensar en las voces del mercado de Marrakesch con su diversidad de tonos, la batalla feroz de sus acentos, y me entró cierta nostalgia. El subdesarrollo, cuanto más agudo, tiene mayor encanto: se puede matar el tiempo, es decir, vivir el tiempo. Con los ojos yendo de un lado a otro, tras las necesidades que surgen espontáneas al mirar los productos, parecíamos autómatas, cumpliendo con el rito del aprovisionamiento, consolándonos de alguna frustración con una comprita cualquiera.

De pronto, una chica Johnny Walker me salió al encuentro, ofreciéndome un vaso de whisky. Gentileza de la casa por el aniversario, canturreó colocándose una sonrisa clisé. Su rostro parecía congelado en aquella mueca de alegría. Más allá, un verdadero Johnny Walker seguía tan campante, derrochando bandejas entre la concurrencia. Me dolió esa juventud disfrazada. Los están usando, pensé.

De pronto tuve una intuición meridiana: realmente nos estaban usando. Traídos y llevados como títeres, que ignoran quién estira los hilos, nos tienen de aquí para allá, en una carrera contra el tiempo que no alcanza para consumir cuanto se nos propone. Vivimos en una sociedad de consumo y esa sociedad nos deglute. Usados los unos por los otros, y todos, en conjunto, por un ser aterrador. Me sentí extraña en medio de aquella multitud y los aires sincopados y la chica Johnny Walker con su traje de sonreír. Su frescura ya marchita me lastima.

Pensé en Noelia: su teoría, su escepticismo transparente. ¿Y si fuera cierto? ¿Si todo se redujera a este aturdimiento y no hubiese un después, y me llevase el anunciado chasco metafísico? ¿Cómo hago para freír un huevo sin suicidarme?

1986

Fin de jornada

Abajo, pilón de papeles previamente arreglados, pasos, una vuelta de llave al cajón del escritorio, despedida, la tranca a la puerta de calle, que a veces se le olvida, y la señal vibrando en la escalera cuando hace sonar la campanilla indicadora del margen, rubricando el fin de la jornada. Arriba, una sensación de intemperie sobre la espera de Rosalba, como si los minutos estuvieran confabulados con aquel extraño ritual que le pesa en la cara, porque Jorge no quiere vérsela mientras hacen el amor.

Las horas la degluten, en tanto se pliega, con dulzura obsecuente, al engranaje del barrido, la plancha, el arreglo de las cobijas y alguna cosita que preparar para la cena, las revistas esparcidas, y los libros muy serios esperando turno, y aquellos discos cubiertos de polvo que, de tanto en tanto, se despiertan metiéndola dentro de un tiempo sincopado que... ya no recuerda cuándo. Rumiando la derrota de una cara oculta en el momento de la entrega, sin llegar a entenderlo, o tal vez sospechando, pero sin preguntar, porque él nunca quiso hablar del asunto.

Las rarezas de Jorge siempre fueron perversas. Sabe poco de él, en realidad, a pesar de los años que llevan juntos y haber sido la primera en apostar a su talento. Hasta el Nobel no paro, Rosalbita, y no orillaba aún los diez y ocho. Novelista de fama al cabo del empeño, teclea la última línea de su próximo éxito editorial, en tanto ella, sin preámbulos, se desnuda, prisionera de la costumbre.

Los sonidos perduran en el aire. Ya está guardando el texto, despachando al secretario - mequetrefe. Varado en el deseo, anticipándose al contacto frío de las sábanas almidonadas, aunque ya no se use y dé un trabajo bárbaro; pero él insiste, porque quiere seguir haciendo en su apartamento lo que su mamá en la quinta de Los Laureles, hasta que, bueno... era mejor no acordarse. El sí la tenía amaestrada a Rosalbita: siempre en casa, detrás de su ropa, y tan contenta en el pisito a dos niveles, donde recibía a la prensa y a la televisión, y ella arriba, para que no se la miren, ataviada como vino al mundo con ese cuerpo que perturba a cualquiera. Hacía tiempo que no se acordaba de la quinta de Los Laureles, y ahora, no sabía por qué, de repente, recordaba aquello, tan lejano en verdad, y total, ¿para qué? si lo más probable es que ni siquiera desease encontrar la punta del ovillo.

Rosalbita ya estaría parapetada en la sonrisa, siempre lista, sin bombachita, ella. Nunca le confesó lo que pasó la tarde en que sus padres riñeron en la quinta de Los Laureles. Y eso que la conocía desde cuando era dos protuberancias rosadas que le fueron creciendo a fuerza de besos bajo la sombra suelta de los álamos.

Repitió la señal. Las indicaciones a Mariano para el día siguiente; porque es parte de la rutina que ese muchacho reciba, de una celebridad como él, un trabajo incansable. Si pudiera prescindir de Mariano. Pero quién le pasaría en limpio los borradores antes que se

le oxidasen en la cabeza los argumentos; si la tenía como desquiciada por los personajes que se van muriendo cuando ya despunta el próximo drama. Cómo arreglarse sin secretario, si al dos por tres cae en trance a dos máquinas, y Rosalbita arriba, haciendo las labores sin atreverse a bajar, como se lo tenía advertido. Él la mantenía bien domesticada, no como su padre que tuvo que pegarle un tiro a su mujer, dejándolo sin nadie que le diera el beso de las buenas noches. Duele no ser corriente como todo el mundo, buscando otra mujer si uno se cansa; gozar de variaciones como Mozart, diciéndole a Rosalbita que se irá por un tiempo, pero no te preocupes, porque volveré, y no llores, mi amor, que te sigo queriendo; porque él sabe cuánto vale Rosalbita con la cara tapada, para que él no vea aquella otra. Si se deshacía de Mariano, no sabría qué decirle a Rosalbita, o tal vez se diera cuenta.

Mariano saca su aire de funcionario a la calle, cierra la puerta y se aleja, sabiendo que la espera sólo puede acortarse a medida que ruedan los días. La novela de Jorge está al borde del final; en cualquier momento lo citará el editor. Sólo faltan detalles, retoques, paciencia. Luego las entrevistas, los homenajes, las ausencias; como meses atrás, cuando volvió en busca de unos papeles, y Jorge había salido dejando la puerta sin llavear, tan distraído, el pobre, con su mujer allá arriba, entreabierta, humedecida, invitante.

Jorge presiona nuevamente la tecla anunciadora. El hombre que le estrenó la piel, Rosalbita, hasta el Nobel no paro, ya vas a ver, asciende con el paño en la mano, pero a ella no le importa, porque sabe que Mariano volverá con su incierta ternura, cuando se den las circunstancias. Como tampoco a Jorge le duele ya que Rosalbita, hasta el Nobel no paro, no te voy a perder, lo engañe con aquel empleadito insignificante.

1987

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

